

mo principio os damos la democracia.» Yo, señores, pertenezco á la escuela que quiere el sufragio universal, en todos tiempos, en todas ocasiones, en todas circunstancias; yo, Sres. Diputados, creo que los derechos no se aprenden; al revés de lo que dice mi amigo el Sr. Cánovas, creo que los derechos no se aprenden si no se practican, como no se aprende, de ninguna manera á nadar en seco.

Pues bien, Sres. Diputados, yo os digo que el sufragio universal es un gran instrumento de progreso en las repúblicas, y un gran instrumento de opresión en las monarquías. Yo, entre las ventajas que encuentro en la república, la principal es lo mucho que educa y moraliza al pueblo. Yo, entre las grandes desventajas que encuentro en la monarquía, la principal es lo mucho que corrompe, y lo mucho que envilece al pueblo. Y no quiero yo decir que las repúblicas instruyan al pueblo, porque Suiza gasta cinco veces más relativamente que lo que gasta Francia en instrucción pública. Yo no quiero decir que la república instruya al pueblo, porque la ciudad de Nueva York, ella sola en instrucción municipal, y cuando no tiene más que dos millones de habitantes, y no llegan, gasta tanto como el Imperio francés para sus 40 millones. El día que esto le dijo en la Cámara de Senadores un ilustre literato al Ministro de Instrucción pública de Francia, no supo éste qué contestar. Yo le hubiera contestado, yo le hubiera dicho, que era porque ese dinero lo nece-

sitaba para obispos, para soldados y para cortesanos.

Señores, la verdad es que las repúblicas instruyen, que las democracias instruyen; porque cuando nace el ciudadano, sabe que nace para ejercer todas las funciones públicas; sabe que va al municipio, y que el municipio es una escuela política; sabe que desde allí va á la provincia, y ya la provincia es una escuela mayor; sabe que luego se levanta al Estado, y el Estado es la perfección, la universidad; y después tiene las asociaciones particulares en las que aprende economía, y además de las asociaciones particulares, en las que aprende economía y trabajo, tiene luego la gran instrucción republicana, el jurado, en el cual aprende á ser juez de sí mismo y de sus conciudadanos; y aprendiendo esto, aprende á conocer su derecho y su deber, y aprendiendo esto, aprende á tener el sentimiento de su propia dignidad.

Señores Diputados, las monarquías no pueden hacer esto. Las monarquías corrompen, las monarquías envilecen, las monarquías necesitan cortesanos, las monarquías necesitan una nube de funcionarios que llevan por todas partes aquel cáncer que devoró á Bizancio y que devora á Rusia; el cáncer del parasitismo, el cáncer burocrático; que no es más que la sombra del gran parásito, del rey.

Ponedme, ponedme un sufragio universal con el rey: aun lo comprendo en las monarquías antiguas, y os diré por qué. He leído el libro de la monarquía, que es el libro de Maquiavelo, como he leído el li-

bro del pueblo, que es el libro de Juan Jacobo Rousseau. Cuando la idea absoluta del poder de los reyes aparece, aparece *El Príncipe*: cuando la idea absoluta del poder de los pueblos aparece, aparece *El contrato social*. Pues bien, Sres. Diputados; leed lo que dice el grande fisiólogo, el grande naturalista de los reyes: aprended lo que dice ese gran fisiólogo, ese gran naturalista de los reyes, que ha dejado ese libro, no porque lo estudiara en César Borgia conquistando á Bolonia; no porque lo estudiara en Luis XI conquistando el Rosellón; no porque lo estudiara en Fernando V conquistando Nápoles y Navarra. Donde Maquiavelo estudio á los reyes fué en su esencia y naturaleza. ¿Y qué dice? Dice que los reyes antiguos, que los reyes tradicionales aun pueden sufrir un poco de libertad; pero que los reyes creados por un Estado, en el momento mismo en que entran en el Estado, como entran débiles, ó tienen que seducir, ó tienen que corromper; de todas maneras, tienen que degradarse ellos, ó tienen que degradar al Estado. Así, señores, el rey vendrá y empezará á decir que las Cámaras oponen obstáculos á su voluntad soberana; el rey vendrá y empezará á corromper el sufragio universal; el rey vendrá y algún ministro inteligente habrá que le diga: «Es preciso encarnar esta máxima en la nación; ¿qué pedazo de pan le dais al pueblo cuando le dais un derecho?» El rey vendrá y dirá: «Si yo no os obsequio, como quería Enrique IV, á cada uno de vos

otros con una gallina en el puchero, es porque me lo impiden los eternos discutidores, los eternos sofistas, los señores de las Cámaras, los cuales no piensan en otra cosa que en lucir la pintarracheada cola de su elocuencia.» Veréis cuán pronto se infiltrarán en el pueblo las máximas de esas escuelas groseras que todo lo sacrifican á la satisfacción material de los sentidos.

Pues qué, señores, ¿no habéis visto de esto un gran ejemplo en el año 48, cuando apareció el pueblo francés con la educación materialista y grosera que le había dado Luis Felipe? Entonces, como el derecho lo daba el oro; como para ser Diputado se necesitaba oro; como para ser Senador era preciso tener oro; como no había más que una sed insaciable de oro, allí donde Dios puso la conciencia y el alma, el pueblo creyó que sólo existía el vil metal, el oro.

Por eso el día en que el ilustre y malogrado Baudin se presentó ante el pueblo francés para salvar los principios proclamados por la república, un trabajador le decía: «¿Qué me importa á mí la dignidad de la Francia? Tú vas á defender tus 25 francos diarios como Diputado.» Entonces, volviéndose Baudin á aquel trabajador, le contestó: «Ahora verás cómo se muere por 25 francos», y acto continuo se revolvió contra los soldados. Los soldados le mataron, y el pueblo lanzó una sonrisa sobre aquel cadáver. Más tarde, señores, no hace muchos días, el

pueblo ha tenido que ir al pie de la columna de Julio á llorar amargamente su ingratitud, y á decir á la sombra de Baudin: «Perdónanos, alma generosa; perdónanos nuestros errores: bien decías que todo en el mundo es preferible á perder la dignidad: nosotros queremos tu pan negro ó libertad.»

En su consecuencia, Sres. Diputados, ¿no teméis que suceda esto dada nuestra raza? ¿No teméis que el que venga haga como César, como Napoleón, como Carlos V, que mataron las Cortes, las Asambleas, el Senado? ¿No teméis que suceda esto en una raza acostumbrada á la idolatría del Estado? ¿No habéis visto recientemente en Francia cómo el César lo ha abolido todo menos el sufragio universal? ¿No habéis visto cómo el César lo ha ahogado todo menos los apetitos de un desenfrenado materialismo que raya en ebrio comunismo?

Y ¡qué diferencia, Sres. Diputados, qué diferencia de las monarquías á las repúblicas! El Sr. Lasala, en un estudio admirable que hizo de todas las monarquías europeas, estudio que estaba basado en la historia, nos decía: «¿No admiráis la flexibilidad de las monarquías?» Yo la admiro; pero lo que admiro también es la inflexibilidad de sus resultados. Todas las monarquías concluyen lo mismo, absolutamente lo mismo, todas en la corrupción. El Imperio cesáreo romano en el corral de Augústulo. La monarquía gótica, la monarquía electiva, en el carro sardanapalesco de D. Rodrigo; la monarquía fundada por

Pelayo, semielectiva, semihereditaria, en el lodazal donde se arrastró doña Urraca; la monarquía semi-feudal, semipopular iniciada por Alonso VII, en las sangrientas orgías de D. Pedro *el Cruel*; la monarquía señorial de los Trastamaras, en la corte de Enrique IV *el Impotente*; la gran monarquía fundada por los Reyes Católicos, en los hechizos de Carlos II; la monarquía civil representada por la casa de Borbón, en brazos de María Luisa; la ilustre monarquía constitucional creada por nuestros padres en Cádiz, á los pies de sor Patrocinio, del padre Claret y de Marfori.

Señores Diputados, ¡qué diferencia de la república! Aquí tenemos grandes literatos. Á ellos me encomiendo: así como cuando trataba de fisiología me encomendaba al Sr. Súñer y al Sr. Mata, grandes médicos, así ahora me encomiendo á los grandes literatos que hay aquí, me encomiendo al Sr. Valera, cuya pluma es una de las que más honran nuestro país; me encomiendo al Sr. Alarcón, que ha escrito un libro sobre Italia, y que es uno de los más bellos monumentos de la literatura moderna, libro elocuentísimo, por cuyas páginas circula, como la savia por el árbol, el espíritu clásico de la antigua Italia. Yo les suplico que me digan dónde han sentido las grandes inspiraciones, dónde han aprendido las grandes enseñanzas del arte y de la elocuencia.

Señores, si estimáis en algo la idea de Dios, si estimáis en algo los Mandamientos de la ley de Dios

que cumplis, ¿á quién se los debéis? Á un pueblo federal, á una república, á las tribus de Israel. Si estimáis en algo el alfabeto, ese grande invento que mató la aristocracia del geroglífico, como más tarde la imprenta mató la aristocracia del pergamino, si estimáis en algo el alfabeto, ¿á quién se lo debéis? Á ciudades federales. ¿Quién os ha enseñado el comercio? ¿Quién sembró de colonias las orillas del mar Merditerráneo? Una república, Cartago: ¿Quién hubiera podido modelar, cincelar, por decirlo así, la personalidad humana? Grecia, otra república. Todavía coronáis á vuestros héroes con las palmas de Maratón y de Platea; todavía vais á aprender letras en la tempestuosa elocuencia de Esquilo, ó en la serenidad de Sófoeles; todavía copiáis las estatuas de Praxiteles, y comentáis el postulado de Euclides; todavía, cuando queréis aprender filosofía, estudiáis los diálogos de Platón; todavía, cuando la Iglesia quiere buscar teólogos, tiene que colocar á Aristóteles en el número de sus oráculos; todavía parece como que vagan por este recinto las sombras de Esquines y de Demóstenes; todavía levantamos hacia ellos la cabeza y tenemos que bajarla confundidos, porque no es posible que los oradores de estos tiempos tengan las formas oratorias que tuvieron los hijos predilectos de la república.

El Sr. Valera, el Sr. Alarcón, han estado en Italia. Que me digan si han sentido lo que sintió el señor Ulloa, que tanto ha maltratado á las ciudades ita-

lianas. ¡Ah, señores! Si estudiáramos los crímenes de los reyes, ¡qué lejos se habían de quedar de los crímenes de los pueblos! La verdad es que, cuando los Sres. Alarcón y Valera hayan visto en Florencia las obras de Benvenuto; cuando hayan ido al cementerio de Pisa; cuando hayan contemplado las estatuas y los frescos de aquellos grandes artistas; cuando hayan paseado por el muelle de Génova; cuando hayan evocado los manes del gran Colón, nacido en aquella república; cuando hayan visitado el canal de Venecia, la Inglaterra de la Edad Media; cuando hayan saludado el palacio de los Dux; cuando hayan orado en la catedral de San Marcos; cuando hayan observado todo esto, por lo mismo que son artistas, por lo mismo que son poetas, considerando que sin aquellas ciudades la conciencia humana se hubiera corrompido, se hubiera al menos estancado, porque no habría venido el Renacimiento; no habrán podido menos de gritar: ¡Viva la República!

Decidme, ¿quién nos ha dado la libertad de conciencia? ¿Quién os ha dado la libertad de comercio? Una república, la Holanda. ¿De dónde viene el poder marítimo de Inglaterra? De su república, ¿De dónde proviene la influencia de la Francia en todo el globo? De su república. ¿Quién ha enaltecido al género humano, quién ha enseñado la soberanía del pueblo? Ginebra. ¿Quién ha reconocido los derechos individuales de que tanto os enorgulleceis? La re-

pública de los Estados Unidos. Los días en que muere la monarquía son días de alegría, puesto que acaba la corrupción: los días en que muere la república, son días nefastos para el género humano. El género humano llora la batalla de Queronea; llora la batalla de Filipo, en que espiró con Bruto la virtud romana; llora el 18 de Brumario, y llora y maldice el 2 de Diciembre.

Hace pocos días decía el Sr. Ulloa: «La República suiza vive de limosna.» Esta era su afirmación; pero como aquí solemos hablar en los pasillos, el señor Ulloa dijo después que no era la República la que vivía de limosna, sino la nacionalidad. Sin embargo, el Sr. Silvela con ese gracejo, con ese aticismo que le distingue, con esa ironía que representa la decadencia de la escuela doctrinaria, por más que el señor Silvela sea muy ilustre argumentador, decía: «¿Ahí tenéis la Suiza, la República del Valle de Aundorra y la de San Marino. Con esto, lo que quería decir S. S. era que la república sólo la tenemos establecida en pueblos que nada tienen, que nada valen. Pues, señores, últimamente se ha presentado en Francia una Memoria agrícola sobre Suiza, Memoria de mucho crédito, escrita por una persona ajena, completamente ajena á la política. ¿Pues saben los Sres. Diputados qué resultado da esa Memoria? El producto bruto de las tierras en Suiza asciende á 1.500 millones de reales. Repartida esa cantidad entre todos los habitantes de ese país, corres-

ponden á cada uno de ellos 140 francos; mientras que repartido todo lo que produce el territorio belga entre todos los habitantes de este país, no resulta para cada uno de ellos más que 116 francos. La propiedad está allí tan respetada, á pesar de ser el país más liberal del mundo, pues que lo es más que los Estados Unidos, está tan asegurada, que ya quisierais vosotros tener la vuestra tan asegurada en la monarquía.

Allí cada hectárea de tierra vale lo que aquí no vale, vale lo que aquí no puede valer: ha habido expropiaciones en el cantón de Vaud, cuando se hicieron los caminos de hierro, por la que se ha pagado hasta 50.000 francos la hectárea.

Señores, en la Suiza hay á cada paso, y voy á citar el testimonio de mi amigo el Sr. Martos, que no me dejará mentir, hay á cada paso una escuela. Tiene la nación Suiza doble número de escuelas que tiene Prusia, y tiene inmensamente más que Francia. Allí hay un maestro para cada 300 habitantes; en los pequeños municipios hay una biblioteca. Siempre que íbamos al Petit-Saconex, con objeto de ver la puesta del sol, reflejándose en el Mont-blanc, nos quedábamos parados delante de la biblioteca de un pueblo que apenas tenía doce casas. Un día, en mi último viaje, vi á dos mujeres á la puerta de una de aquellas pobres chozas, leyendo la una *La Madre*, de mi ilustre amigo Eugenio Pelletan y la otra el proyecto de *Biblioteca Universal*, de

Aimé Martin. Allí cada trabajador tiene á la puerta de su casa blanquísima, una pradera y dos bueyes, y no vive como vive el trabajador de París, arrojado por la piqueta de Hausseman de aquella gran ciudad, y obligado á vivir en sus alrededores en una especie de tiendas, colocando la barbarie al lado de la civilización: no vive como el infeliz trabajador de Londres, en torno del palacio del Parlamento, en donde se fastidian de hastío los lores y los reyes: vive en medio de la naturaleza, feliz, ilustrado y hasta rico, porque su jornal ha subido en los últimos cinco años considerablemente.

Yo he visto que allí se celebró un congreso de trabajadores, presidido por uno de ellos. En aquel congreso había trabajadores alemanes, trabajadores italianos, trabajadores ingleses, trabajadores franceses; y cuando hablaba un inglés, el jornalero que presidía aquella asamblea, decía: Monsieur á dit, y traducía del inglés al francés aquel discurso: lo mismo hacía cuando hablaba el alemán y cuando hablaba el italiano. El Sr. Martos asentirá á lo que digo, porque sabe que todo esto ha pasado estando juntos: sólo que yo he aprendido algo de aquella república y S. S. ha aprendido poco.

Señores, la verdad es que cada suizo gasta en comer mucho más que el francés y el inglés: la verdad es que cada suizo gasta en vestir hasta 60 francos, lo que no gasta el trabajador de ningún otro país. El Sr. Olózaga me decía la otra noche: «No he visto

un pueblo de tanta cultura en sus costumbres como aquél», y hacía una observación sencilla, pero profunda, como todas las que hacen los hombres de talento: «Allí tienen los termómetros á la vista, y el pueblo no los toca.» Allí también están los paseos llenos de flores, y con frecuencia hallaréis en ellos inscripciones que dicen: «Esto se halla bajo la salvaguardia de los ciudadanos», y todos respetan aquello. ¿Hace lo mismo vuestro pueblo en el Retiro?

Me dice un compañero que me respondéis que la Suiza tiene la república desde el siglo xiv. Es verdad: en el siglo xiv hizo la revolución en la propiedad, cuando la Francia la hizo en el siglo xviii, cuando nosotros la hemos hecho en el siglo xix, cuando la Inglaterra no la ha hecho todavía. Es verdad: en el siglo xiv hizo su revolución social, individualizó las tierras, mató el feudalismo y llegó á todo esto antes que nosotros, porque desde el siglo xiv tiene la república.

Todos los datos que he referido los he sacado de la información agronómica. ¿Y sabéis, señores, lo que dice un escritor que no es en manera alguna republicano? Dice que todo esto se debe á la grande educación que dan en Suiza las instituciones democráticas, las instituciones republicanas.

Pues bien: aparte de los males que nos ha traído la educación que hemos recibido, ¿creéis que el pueblo suizo puede compararse en grandeza, en inteligencia, en valor, con el pueblo español? De ninguna

manera. Este es un pueblo más grande que aquél, porque éste es pueblo meridional y del Norte al mismo tiempo, y tiene una gloriosa posición en el mundo de que aquél carece. Si es más pobre, si es más ignorante nuestro pueblo, siendo por su naturaleza más inteligente, lo debe sólo á la educación que le han dado sus reyes.

¡Ah, señores! No hay que venir á comparar el pueblo suizo con el pueblo español. No hay más que comparar hoy mismo dos pueblos que están completamente unidos, en el mismo clima, con las mismas condiciones, ambos al pie de los Alpes. El uno es el pueblo de los reyes, el otro es el pueblo de la democracia; el uno es el pueblo regido por la república, el otro es el pueblo regido por la monarquía; el uno es Saboya, el otro Suiza. Pues bien; Suiza es rica é industrial: Saboya es pobre y sin industria; Saboya, casi sin caminos; Suiza está sembrada de caminos por todas partes; Saboya con un convento á cada paso; Suiza á cada paso con una escuela; Suiza, habiendo producido los hombres que han elevado su espíritu al conocimiento del espíritu y del planeta; Saboya, habiendo producido al conde d'Maistre, que ha publicado la apología del caballero feudal, de la teocracia y del verdugo; Saboya habiendo perdido su nacionalidad á las plantas del César, vendida por un rey, comprada por otro como si fuera un ható de ganado ó un puñado de tierra; Suiza, teniendo la sombra de Guillermo Tell que la de-

fiende contra todas las invasiones y contra todos los invasores. ¡Paralelo sublime que Dios ha puesto al pie de su grande altar, de los Alpes, para demostrar elocuentemente las ventajas que sobre las monarquías tienen las repúblicas!

Señores, yo comprendería completa y absolutamente que acogieseis la monarquía cuando existiera aquí un desnivel físico, moral é intelectual entre una familia ó una persona y todo el resto de la sociedad. Entonces nacen y tienen razón de ser las monarquías; entonces se explican las monarquías.

— César valía más que Roma y más que el mundo, y fundó por su talento, por su valor, por su carácter, la monarquía romana. Gregorio VII valía más que la Edad Media él solo, y por consecuencia, pudo fortificar la monarquía política y religiosa de los papas. Carlo Magno valía más que todos los que le rodeaban, y por eso fundó la monarquía Carlovingia, el nuevo Imperio romano.

Pero, Sres. Diputados, ¿sucede esto ahora? ¿No habéis notado un gran fenómeno histórico al mismo tiempo que un gran fenómeno social? ¿No habéis notado que los grandes hombres desaparecen? ¿Podréis llamar á este siglo del vapor, á este siglo del telégrafo, el siglo de los grandes hombres? ¿Podréis llamar á este siglo, como se ha llamado á otros siglos, el siglo de Augusto, el siglo de Voltaire?

No; no hay grandes hombres. Esto no creáis que es un mal, es por el contrario, un gran bien. No

hay grandes hombres porque ahora se levanta la tierra sobre la que ellos estaban colocados; no hay grandes hombres, porque el género humano ha crecido mucho; no hay grandes hombres, porque el pueblo está ya muy educado. Y, señores, cuando un grande hombre dirige sólo la sociedad, estudiada la historia, tiene siempre media vida gloriosa y la otra media infausta. La media vida gloriosa es la vida de su juventud, la media vida infausta es la vida de su vejez.

Comparad á Carlos V antes de Inspruch y después de Inspruch. Antes era un héroe, después es un cenobita con cogulla; antes pudo poner las naciones en armonía, después no pudo poner en armonía dos relojes. Comparad á Felipe II antes y después de la derrota de la *Invencible*. Primero es el árbitro del mundo, después los ingleses se lanzan sobre él y lo aplastan. El dueño del Perú tiene que tender su mano como un mendigo á su pueblo implorando una limosna para aquel grande y carcomido Imperio.

Comparad también lo que fué Napoleón antes y después de la ida á Rusia.

Carlos V, que era muy gracioso, explicaba esto diciendo «que la fortuna es como las mujeres; se cansa de los viejos». Yo digo que no es esto, sino que la sociedad camina más que un hombre, y que no podéis poner una persona á la cabeza de un pueblo sin que ese pueblo le aplaste en su camino. Si cuando el Estado era un carro no podía ponerse un hombre ni

una familia delante de él, porque no le era dado detener su movimiento, ahora que el Estado es una locomotora, aplastará á la familia que coloquéis á su frente.

Señores, la verdad es que yo no conozco principio más erróneo que el principio de entregar la sociedad á la fatalidad, á la casualidad, á la herencia. Ya lo decía admirablemente anoche con esa profundidad de pensamiento que le distingue mi amigo el Sr. Pí. Esto, Sres. Diputados, en el fondo es la teoría de la India, contra la cual se ha conjurado todo el movimiento moderno; teoría que está borrada por la sangre que se derramó en el Calvario. ¿Qué decían los indios? Todas las castas, todas las razas nacen de Brahama: de la cabeza nacen los brahmanes, los guerreros de los brazos y los trabajadores de los pies. Exactamente lo mismo que vosotros hacéis con la nación, porque en esta nación la cabeza es el rey, y los demás somos sus súbditos, que el rey transmite por la materialidad de la herencia, por la materialidad de la primogenitura á sus sucesores. ¿No es esto la casta?

Pues qué, si el príncipe Miguel no hubiera muerto, ¿no se hubiera unido Portugal con nosotros? ¿No sabéis que si Alfonso VI no hubiera tenido dos hijas, no hubiera desmembrado Portugal para dárselo en dote á una de ellas, sobreponiendo su amor de padre á la satisfacción de las necesidades del Estado? ¿No sería sin esto nuestro hoy Portugal? Si Felipe II no

hubiera llegado tan tarde á la herencia de Portugal, por la muerte de D. Sebastián, ¿creéis que no hubiera sido una verdad la unión ibérica? No lo fué porque quiso realizarla un déspota con sus inquisidores y sus soldados, y esto la hizo imposible. Y nosotros mismos, ¿cuál no sería nuestra suerte si Fernando VII no se hubiera casado por tercera vez, ó si en vez de tener una hija hubiera tenido un hijo?

¡Y todavía queréis exponer á la sociedad moderna á todos los caprichos y á todas las casualidades de la herencia! ¡Ah, señores! ¡Qué grande, qué trascendental error! ¡Yo comprendería esto, y lo comprendería perfectamente, si tuviéramos un rey, si tuviéramos un candidato! Y con este motivo entro, señores, á tratar la cuestión capital, la cuestión capitalísima, la cuestión de candidatos. Señores, desde el momento que proclaméis la monarquía, dejáis fuera, completamente fuera de la legalidad, al partido más avanzado, al partido más revolucionario, al partido más democrático: al partido republicano. Decretada vuestra monarquía, los señores que se sentaban en aquel banco (*señalando al de los Diputados tradicionalistas*), los señores que representaban aquí el principio del absolutismo, son legales; los únicos que son ilegales son los hijos desheredados de la revolución de Septiembre: los revolucionarios.

Yo no quiero tratar aquí cuestiones personales; yo no quiero exagerar el mérito que los republicanos hayan contraído en estos quince últimos años, ni

deprimir el mérito que hayan tenido los partidos que han elaborado la Revolución; pero tended vuestros ojos hacia estos bancos. ¿No veis Diputados que han estado en Fernando Póo, y que traen en su cara todavía la palidez de la fiebre? ¿No veis Diputados que han pasado los dos últimos años del régimen de González Brabo en los presidios? ¿No veis Diputados que fueron los primeros en atreverse á lanzar desde un periódico la idea revolucionaria? ¿No veis Diputados que plantearon con arrogancia, como debían, la cuestión de libertad de enseñanza que ahora hemos ganado? ¿No veis Diputados que os encontrabais en la emigración, que os encontrabais en el destierro, que os encontrabais en las vías de la adversidad, que no os habéis encontrado jamás en vuestras antepasadas?

Nosotros podremos estar más ó menos equivocados, podremos ser más ó menos utópicos; pero no nos negaréis, no nos podéis negar que jamás nos habéis encontrado el día de la victoria, que siempre nos habéis visto á vuestro lado el día de la batalla, el día de la revolución.

Pues bien, ¿qué vais á hacer con esos hombres, qué vais á hacer con esos partidos? Yo no os desconozco los méritos que tengáis, los servicios que hayáis prestado: yo no os disputo vuestra historia; lo que digo es que es una situación tremenda, terrible, la situación que empieza por arrojar de sí á los que la han defendido en los días de la adversidad, en

las horas de destierro. Yo lo que os digo es que los vencidos van á decir esto: «Puesto que tanta necesidad tenéis de la monarquía, tenéis necesidad de nosotros; y puesto que lo primero que hacen, así que se juntan los Diputados de la nación española, es imitarnos á nosotros, que excluimos de la legalidad á los demócratas, como los demócratas excluyen hoy á los republicanos, nosotros tenemos razón: nuestra política era buena.» Y en el momento mismo..... (*El Sr. Martos pide la palabra.*)

No me refería al Sr. Martos; me he referido á otros demócratas.

Y además, digo, que en el momento mismo en que excluyáis de la legalidad á nosotros, con la misma mano que nos arrojáis, abris la legalidad para Doña Isabel II, que todavía no os habéis atrevido á excluir por no excluir á otros candidatos.

Mi amigo el Sr. Pí y Margall, con esa inflexibilidad lógica que le distingue, no ha podido hacer salir de los labios del Sr. Romero Girón, ni de los labios del Sr. Olózaga, la declaración de si nosotros podremos llamarnos republicanos, podremos tener clubs republicanos y comités republicanos y periódicos republicanos después que hayáis votado la monarquía, y necesito saberlo, porque de vuestra respuesta depende nuestra conducta.

Sí, Sres. Diputados, aquí se encierra un problema pavoroso, aquí se encierra un gran problema, el problema de nuestra conducta. Decís que nosotros

no valemos nada, que no significamos nada, que no somos nada, y ayer el Sr. Rodríguez nos dijo que éramos los peores de los demócratas. Concedido: yo jamás he dicho que seamos los mejores. Me basta con haberme quedado con lo mejor, con lo óptimo, con la idea.

Pues bien, no somos nada, no valemos nada; pero por lo mismo que no valemos nada y que no significamos nada, no os importará nada arrojarnos. Arrojadnos en buena hora. Queremos un título, una declaración, y esto es muy importante, porque cuando hayamos votado la monarquía, nos iremos de aquí para saber la conducta que hemos de seguir. La conducta que hemos de seguir, dependerá de vuestra conducta.

Señores Diputados, ¿cuántas monarquías hay posibles? Hay posible la monarquía diplomática gloriosa; hay posible la monarquía diplomática infausta y deshonrosa; hay posible la monarquía de las clases medias, la monarquía del privilegio de las clases medias, sí, hay posible, y tiene partidarios, representantes ilustres en la prensa y en esta Cámara, la monarquía de la clase media que representa el Duque de Montpensier. Estas son las monarquías que hay posibles en proyecto, pero imposibles en la realidad.

Ahora bien, señores: ¿cuál era la monarquía diplomática gloriosa? Era la monarquía que con tanto empeño buscaba mi amigo el Sr. Olózaga, y que ha

encontrado con tan poca fortuna. (*Risas.*) No, señores Diputados, no la ha encontrado, no ha tenido la fortuna de encontrarla; me había equivocado en el calor de la improvisación.

Pues bien, Sres. Diputados, yo os digo una cosa. La idea de la unión de España y Portugal por la iniciativa de la Monarquía portuguesa, era una idea grande, una idea gloriosa, porque estamos en un período revolucionario muy crítico, muy especial.

Las revoluciones se hacen, desde el advenimiento del emperador Napoleón al trono de Francia, de arriba abajo. ¿Cómo se hizo la revolución de Italia? Apoyada en el Piamonte, y el Piamonte apoyado en Francia. ¿Cómo se ha hecho la revolución territorial de Alemania? Apoyándose en Prusia, que á su vez se ha apoyado en el fusil aguja.

Señores Diputados, si aquí hubiera sido posible la revolución de arriba abajo, aquí la revolución hubiera sido conservadora y progresista, y hubiera tenido por resultado la fórmula de una gran monarquía diplomática. Nosotros, que siempre hemos sido republicanos, que lo hubiéramos sido entonces, que no hubiéramos podido dejarlo de ser, nosotros no hubiéramos hecho la oposición á la Monarquía portuguesa, no le hubiéramos hecho la oposición tan viva que hacemos á una monarquía indefinida, á una monarquía fantástica, histórica, creada por el odio que tenéis á la democracia.

Yo comprendo que el pueblo francés se entregara

á Napoleón después del 18 de Brumario; traía la espada de Egipto y los laureles de las pirámides. Yo comprendo que el pueblo italiano, que Mazzini y Garibaldi, se entregaran á Víctor Manuel; traía la desgracia de su padre en Novara y el título de su gran victoria en Solferino. Pero lo que no comprendo, lo que no existe en la tierra, lo que no tenéis presente, es que creáis una monarquía sin monarca, es que os entregáis á adorar un altar sin ídolo.

Señores Diputados, ¿qué grave inconveniente tiene la monarquía diplomática deseada por el Sr. Olózaga? Entre otros, tiene el inconveniente de que Portugal quiere y desea la unión con España por la forma republicana.

(El orador busca algunos papeles, y esto produce rumores en la Cámara.)

Suplico á la Cámara que me dispense por la importancia del asunto. El orador fatiga hace mucho tiempo á los Sres. Diputados; pero es importante lo que estoy diciendo, y como quizá no vuelva á molestar más á las Cortes, porque acaso sea este mi último discurso, les pido me perdonen la molestia que les ocasione.

Pues bien, Sres. Diputados: yo decía que Portugal quiere la unión con España por medio de la república.

Yo desearía que mi amigo el Sr. Olózaga me diese respuesta inmediata á lo que voy á tener el gusto de preguntarle. ¿Conoce el Sr. Olózaga algún periódico

portugués que defienda hoy la unión de España y Portugal con el Monarca de Portugal á la cabeza? ¿Sí ó no? Desearía que me contestara S. S. ¿Conoce su señoría algún periódico?

El Sr. OLÓZAGA (D. Salustiano): Sí señor.

El Sr. CASTELAR: Si el Sr. Olózaga tuviera la bondad de citarme.....

El Sr. PRESIDENTE: No puede entablarse ese diálogo, Sr. Diputado.

El Sr. CASTELAR: Yo tengo aquí periódicos que defienden la unión ibérica. Dice uno de ellos: «Fundada la autonomía de los antiguos reinos, podíamos fundar una confederación ibérica, útil para todos y honrada para nosotros.»

Esto dice el *Diario de Comercio*. Domingo, 16 de Mayo de 1869.

Aquí tengo otro periódico que cuenta, señores, diez y seis años de existencia, y me dice mi amigo el Sr. Soler, que conoce mejor que yo Portugal, que está dirigido por uno de los hombres más eminentes del vecino reino.

La Revolución de Septiembre dice que los obstáculos opuestos á la unión de España y Portugal dimanar de la ambición que han manifestado los monárquicos. No quiero leerlo por no cansar á la Cámara. Cada uno de estos periódicos representa un partido distinto.

El Diario Portugués dice: «España y Portugal pueden, por una federación, realizar la unidad entre

los dos pueblos sin peligro para sus respectivas autonomías.»

Señores Diputados, si el Rey de Portugal hubiera comprendido que en esta situación en que nos encontramos era indispensable que él se hubiera puesto á la cabeza del movimiento ibérico, quizá hubiera perdido su trono, pero quizá hubiera ganado el trono de la Península.

Pero ¿qué hizo el Rey de Portugal? Le faltó tiempo, Sres. Diputados, para adular á Isabel II; le faltó tiempo para honrar con cruces á los que mataban la enseñanza pública y á los que ponían la vela de *Sor Patrocinio* en las hogueras que consumían los libros en España. ¿Os ha dado á vosotros, ha dado, por ejemplo, al Sr. Zorrilla, alguna cruz el Rey de Portugal?

Además, señores, ¿por qué el Rey de Portugal no quería la unión con España? Por una razón muy sencilla, que era muy segura y que debían haber previsto los grandes diplomáticos. Porque el pueblo portugués, que quiere la unión por la forma republicana, no quiere la unión personal, no quiere la unión por la forma monárquica.

La verdad es que las repúblicas atraen y que las monarquías repelen. Hay una monarquía federal, la de Austria. ¡Cuántos trabajos no le cuesta al Emperador de Austria tener en un haz la Hungría, la Bohemia, la Galitzia, el Trentino y los diferentes reinos que componen aquel monstruoso Imperio!

A pesar de que muchos están unidos por largos siglos, tienden á separarse completamente de la monarquía y suspiran todos por su antigua autonomía, por su antigua independencia.

¡Qué diferencia de lo que sucede en Suiza! El cantón del Tesino pertenece á Italia y no quiere ser italiano; el de Neufchatel pertenece á Alemania y no quiere ser alemán; los cantones de Vaud y Ginebra pertenecen á Francia, hablan francés, pero Francia es esclava y ellos no quieren ser franceses. *Ubi libertas ibi patria*. Donde está la libertad allí está la patria.

Por consiguiente, las monarquías disgregan. La monarquía del Sr. Balaguer es, como decía admirablemente mi amigo el Sr. Sánchez Ruano, un grande anacronismo.

Al revés: las repúblicas atraen. No sabéis, no podéis imaginaros lo que habéis ganado en Portugal desde el día en que declarasteis la libertad religiosa. Yo he leído la infinidad de revistas portuguesas, infinidad de periódicos, y todos ellos dicen: España, más adelantada que nosotros, más progresiva que nosotros, mirad cómo nos atrae, mirad qué grande ejemplo nos da. ¿Decían eso mismo cuando España se presentaba á sus ojos como la monarquía que simbolizaba el sombrío exclusivismo católico? Por consecuencia, si queréis, Portugal es vuestro, es de la federación ibérica, es de la república ibérica: no será jamás de la monarquía. Si el Rey de Portugal

quiere venir aquí lo echarán de allí: plantead aquí la república si queréis la unión con Portugal; si planteáis la monarquía, renunciad á Portugal por mucho tiempo.

Entro ahora, señores, á tratar la cuestión más importante, la cuestión más trascendental, la cuestión más grave, la cuestión del Duque de Montpensier. Pero antes debo hacer algunas declaraciones.

Primera declaración: yo he notado que siempre que hablo del Duque de Montpensier se conmueve un poco mi digno amigo el Sr. Topete; bien sabe el Sr. Topete, bien saben todos los señores generales que forman parte del Poder Ejecutivo, que nosotros somos desde aquí muy fuertes, muy enérgicos, para defender nuestras ideas; pero que nosotros por nada del mundo quisiéramos ofender ni directa ni indirectamente á los generales que con su espada han abierto el camino de la libertad para nuestra patria. Por consecuencia, si alguna palabra pudiera decir que ofendiera directa ó indirectamente al señor Topete, desde luego le pido, á él que me conoce tanto, que la tenga por no dicha.

Otra declaración importante tengo que hacer. Yo, cuando la necesidad de mi argumento me lleva á combatir á la ex reina Isabel, siento un inmenso dolor en el alma: yo, señores, lo respeto todo, pero lo que más respeto en el mundo es la santidad del infortunio, aunque ese infortunio haya sido muy merecido.

Pues bien, yo tengo que hacer otra declaración: cuanto voy á decir, cuanto diré del Duque de Montpensier, que hoy no está en nuestra patria, no se refiere ni á su persona ni á su vida privada: yo declaro que el Duque de Montpensier es un buen padre, un buen esposo, un buen jefe de familia, honrado y económico; yo declaro que directa ó indirectamente ha prestado servicios á la Revolución de Septiembre. Por consecuencia, señores, mi argumentación no puede ofender á nadie.

Nos leía el otro día un ilustre orador el manifiesto de Cádiz, en que el Sr. Topete declaraba ya que quería una monarquía; declaración que ciertamente no había consultado S. S. con sus compañeros del partido progresista, los cuales no diré que se hubieran comprometido, pero sí diré que deseaban que fuese consultada la voluntad nacional. Yo no tengo, como ha dicho muy bien el Presidente de la Cámara, yo no tengo el derecho de dirigir preguntas ni de sostener diálogos; si mi amigo el Sr. Topete quiere honrarme de esta manera, me contestará luego.

Yo pregunto á S. S.: la monarquía que invocaba en ese manifiesto, ¿era la monarquía de Doña Isabel II ó era otra monarquía? ¿Me querrá contestar mi amigo el Sr. Topete? (*El Sr. Ministro de Marina pide la palabra.*) Pues bien, luego hablaremos.

Señores Diputados, ¿qué representa en el mundo,

qué significa en el mundo, qué vale en el mundo la dinastía del Duque de Montpensier? Yo declaro mi falta, si falta es: cuando yo veo la naturaleza, cuando yo veo la salida ó la puesta del sol, cuando yo veo el florecimiento de la primavera, yo siento á Dios; pero cuando leo la historia, cuando veo que una razón universal dirige á todos los pueblos, y que los individuos que parecen más libres son libres en la esfera de su individualidad, pero no pueden oponerse á la ley necesaria de los hechos, yo conozco á Dios. Si cuando veo la naturaleza siento á Dios, comprendo á Dios cuando leo la historia.

Pues bien, señores: ¡qué triste, qué fatal destino ha cumplido en la historia humana la casa de Orleans! Mirad la historia, estudiadla: si yo no estoy trascordado, que puede ser, porque la memoria es infiel, el Ducado de Orleans fué creado en el siglo xiv por los reyes de Francia para sus hijos segundos. Á los primeros les daban la corona; á los otros les daban el Ducado de Orleans. ¡Ah, señores! Yo he dicho muchas veces que la monarquía corrompe á los pueblos; pero no conozco nada que corrompa tanto á los reyes como la monarquía misma. ¡Cómo queréis, Sres. Diputados, cómo queréis todos á vuestros padres! Y, sin embargo, acordaos de cómo quería á su padre Fernando VII. ¡Cómo queréis todos, Sres. Diputados, á vuestros hijos; es un amor incomprensible, divino! Pues bien, acordaos de cómo quería á su hijo Felipe II. ¡Cómo